

“SCOTTY” BILL

Aquí está “Scotty” Bill —sesenta abriles—
que al levantarnos, a primera hora,
jura que todavía no es verano.
“¿Pues dónde”, nos pregunta, “están las moscas?”.

Pensé que lo alteraba la vejez
pero sentía gran sorpresa cuando
lo oía lamentar, todos los días,
que no trajese moscas el verano.

Pregunté a un huésped: “¿Sabes qué problema
aqueja al viejo Bill, por qué rezonga?”.
“Bill fabrica un papel con pegamento
y se gana el jornal cazando moscas”.

Qué importa que el verano traiga flores:
eso no alegrará sus ojos lúgubres.
No le digas que ya está aquí el verano
si viene sin las moscas de costumbre.

Pero Bill no es del todo un ignorante
y sabe cuál es la maldita causa
que ha robado sus moscas al verano:
“Esas jodidas leyes sanitarias”.

Yo, con mejor comida y ropa,
podría mantener a Bill cien años.
Tres veces no apagó su luz la muerte
esperando la ayuda de su llanto.

EL BUEY

¿Por qué pararme, bestia, a elogiar
tus flancos pálidos, tu rojo lomo,
los rizos de tu frente, que no dan
alegría a tus ojos pesarosos?

Yo no entablo amistad con el ganado,
las ovejas, las aves que no vuelen,
pues no viven según naturaleza
y es el hombre quien los sentencia a muerte.

Porque, aunque yo te concediese un nombre
y cuidase de ti por hoy tan sólo,
¿dónde estarás mañana si despierto
y hacia ti vuelvo, ávido, mis ojos?

Pues no, no perderé lo que no encuentre,
no tengo para ti gozo o tristeza.
Así que aparta tus enormes ojos,
que a través de la verja me contemplan.

¿Ves ese petirrojo solo, quieto,
en la rama sin hojas del manzano
con su pecho rojizo, como un último
fruto que por azar nadie ha arrancado?

Sólo con que le haga yo algún caso
vendrá todos los días a mi puerta
y es Dios, no el hombre, quien decide cuándo
el petirrojo ya nunca regresa.

EL PERPLEJO BROWN

Vino un hombre a vendernos su camisa.

¡Un borracho misérrimo, sin blanca!

Riley, que por allí estaba sentado,

le susurró a Brown estas palabras:

“A ese mendigo que ha pasado ahora
lo conocí yo en tiempos más boyantes.

Ganaba tres chelines en un día
cuando la recogida del guisante”.

“¡Dios nos asista! ¿Quién lo hubiese dicho?”,
exclamó Brown, “Hoy cuesta imaginarlo:
pensar que el hombre fue lo que me cuentas
¡y hoy verlo taciturno y cabizbajo!”

“Si fuese otro, Riley, quien contase
lo que tú me has contado”, siguió Brown,
“—¡Dios nos asista!— yo pondría en duda
que es como tú lo cuentas”, le gritó.

“No lo vas a creer, pero hace años
conocí en este mismo albergue a alguien
que ahora es propietario”, dijo Brown,
“de una pescadería, ¿no es chocante?”.

“Un tipo muy educado, pero hacía
cosas extrañas para un pordiosero:
lo vi una vez lavándose los dientes”,
exclamó Brown, “¡que me aspen si no es cierto!”.

EL VAGABUNDO ALEGRE

Soy un alegre vagabundo: os gruño
y silbo hasta que encuentro otro zoquete.
Llamo “señor” al hombre, “mozo” al chico,
“joven” a la doncella, y a la madre
adulo cuando el niño ya camina.

Aunque en la casa pobre no hay contento
salvo cuando blasfema o anda el niño,
les entristece mi fingida pena.

Cuando —como ese roble sin corteza
que deja ver sus ramas ya desnudas,
inertes sobre el suelo— sin mi abrigo
me tumbo entre una hierba que es tan alta
que ocultaría a un niño, compadezco
a medio mundo. Si es verano, ¿importa
que esté descalzo o que mi piel asome?

Tu precio es la incomodidad, orgullo.
Tú hiciste que aquel bestia se cortara
los pies, que en sus zapatos no le entraban.

Aunque no leo libros, leo al hombre
y en lo que vale el alma precio un rostro
mejor que muchos que creen saberlo.
Cuando el sol luce, me es grato acostarme
todo el día, entregarme a la pereza
y dejar que mi sueño haga el trabajo:
uno muy dulce, sin sudor ni agobio.

Me río de su pena y sus preguntas,
pero siempre halla excusa el hombre ocioso.
Aunque no siempre río: por ejemplo,

qué hermoso el día ayer, qué azul el cielo.
Vino una nube clara y tres oscuras
—barcos piratas que entre sí luchaban—
y una lluvia inclemente durante horas
que casi derribó por tierra el cielo.
Y luego hubo riachuelos, y no fui
ya un vagabundo alegre, sino triste.